

yo, Sancho, replicó Don Quixote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices; sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas, que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dixo que traia, comieron los dos en buena paz y compañía. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre, y seca comida. Subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anoheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí: que quanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo, dormirla al cielo descubierto, por parecerle, que cada vez

tancia encuentra Don Juan Bowle una *contradictio in terminis* como él se explica (*Anotaciones á Don Quixote*: p. 43.) pero esto nace de no distinguir los dos sentidos del adjetivo *volatil*.

que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quixote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero estaban: y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver, si estaban en sazón de trasladarlos del caldero al estómago, lo dexó de hacer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada habia; habiendo primero con grose-

ras ceremonias rogado á Don Quixote, que se sentase sobre un dornajo, que vuelto del revés le pusiéron. Sentóse Don Quixote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dixo: porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y quan á pique están los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado, y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una mesma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo, que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dixo Sancho; pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pie y á mis solas, como sentado á par de un Emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme

piarme á menudo, no estornudar ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho: que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla, Dios le ensalza: y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar, y mirar á sus huéspedes, que con mucho donayre, y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusiéron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque,

de dos que estaban de manifiesto. Después que Don Quixote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: dichosa edad y siglos dichosos, aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna; sino porque entónces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo, que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quebradas de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á qualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio

que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre: que ella sin ser forzada ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entónces la poseían. Entónces sí, que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen; sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretexidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces

se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que le osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaxe (1) aun no se había sentado en el entendimiento del juez, por que entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas, y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras (2), sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su per-

(1) La sentencia del juez voluntaria y caprichosa, desentendiéndose de las leyes.

(2) Sin duda que esta es una errata de imprenta conocida, que se ha repetido en todas las ediciones; debiendo decir *señeras* en lugar de *señoras*. *Señero* ó *señera* quiere decir *solo*, ó *sola*: son voces antiquadas, que vienen del adjetivo latino *singuli*: y de aquí *sendos*, *senos*, *senmos*, *señeros* y *señeras*. Solo *señero* se decía por lo comun antiguamente. En el poema de Alexandro se dice: *Vios' en el campo fascas solo sennero*. (Poesías Castellanas anteriores al siglo XV, publicadas por Don Tomas Sanchez: *copl.* 1259.) El mismo Cervantes, hablando de nuestra señora de la Cabeza

dicion nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta: porque allí por los resquicios ó por el ayre, con el zelo de la maldita solitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos (1). Desta orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural están todos los

de Anduxar, dice: *tomó el nombre de la peña, que antiguamente se llamó el cabezo por estar en mitad de un llano, libre y desembarazado, solo y señero de otros montes ni peñas que la rodeen*. (Persiles: lib. 3, c. 6.)

(1) Casi todos los institutos de las órdenes de caballería se propusieron, é hicieron jurar á sus profesores, esta defensa de los desvalidos. ¿Prometeis (se preguntaba al que recibía la orden de Malta) *de favorecer y tener particular cuidado de las viudas, de los pupilos, de los huérfanos, y de todas las personas aflixidas y angustiadas? Prometo de hacerlo* (respondía el novicio) *con la ayuda de Dios*. (Marquez: *Tesoro Militar de Caballería*: f. 44, b.)

que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalástes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dixo nuestro caballero, porque las bellotas que le diéron, le truxéron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuviéron escuchando. Sancho asimesmo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque, que, porque se enfriase el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar Don Quixote, que en acabarse la cena, al fin de la qual, uno de los cabreros dixo: para que con mas véras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aquí, el qual es un zagal entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear.

Apénas habia el cabrero acabado de decir esto, quando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros, si habia cenado, y respondió que sí. El que habia hecho los ofrecimientos le dixo: de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y así te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo, y sin hacerse mas de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amorios.

Porque sé, que eres sabida,
En que me quieres me afirmo:
Que nunca fué desdichado
Amor que fué conocido.

Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio,
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.

Mas, allá entre tus reproches
Y honestísimos desvíos,
Tal vez la esperanza muestra
La orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar, por no llamado,
Ni crecer, por escogido.

Si el amor es cortesía,
De la que tienes colijo,
Que el fin de mis esperanzas
Ha de ser qual imagino.

Y si son servicios parte,
De hacer un pecho benigno,
Algunos de los que he hecho
Fortálecen mi partido.

Porque, si has mirado en ello,
Mas de una vez habrás visto,
Que me he vestido en los lunes
Lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
Andan un mesmo camino,
En todo tiempo á tus ojos
Quise mostrarme polido.

Dexo el baylar por tu causa,
Ni las músicas te pinto,
Que has escuchado á deshoras,
Y al canto del gallo primo (1).

(1) A media noche : *primo*, contracción de *primero*.

No cuento las alabanzas,
Que de tu belleza he dicho,
Que, aunque verdaderas, hacen
Ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,
Yo alabándote, me dixo:
Tal piensa, que adora un Angel,
Y viene á adorar á un ximio.

Merced á los muchos dices
Y á los cabellos postizos,
Y á hipócritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.

Desmentila, y enojóse,
Volvió por ella su primo:
Desafíome, y ya sabes
Lo que yo hice, y él hizo.

No te quiero yo á monton,
Ni te pretendo y te sirvo
Por lo de barraganía,
Que mas bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo (1):
Pon tu cuello en la gamella (2),
Verás como pongo el mio.

Donde no, desde aquí juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras
Sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto,
y aunque Don Quixote, le rogó que algo
mas cantase, no lo consintió Sancho Pan-
za, porque estaba mas para dormir, que

(1) Seda : de *sericum*.

(2) La collera ó parte del yugo, con que los labradores
uncen ó casan para el arado las mulas ó los bueyes.

para oír canciones. Y así dixo á su amo: bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche: que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite, que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quixote: que bien se me trasluce, que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. Á todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó Don Quixote. Pero acomódate tú donde quisieres: que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esto (z) seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba: y viendo uno de los cabreros la herida, le dixo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase: y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quixote.

ESTANDO en esto, llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dixo: ¿sabeis lo que pasa en el Lugar, compañeros? Como lo podemos saber, respondió uno dellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura, que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dixo uno. Por esa digo, respondió el cabrero: y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque, segun es fama, (y él dicen que lo dixo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que

los Abades del pueblo dicen, que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. Á todo lo qual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dexó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado. Mas, á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho. Y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver, á lo ménos yo no dexaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al Lugar. Todos harémos lo mesmo, respondiéron los cabreros, y echarémos suertes á quien ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dixo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud, y á poca curiosidad mia, sino á que no me dexa andar el garrancho que el otro dia me pasó este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y Don Quixote rogó á Pedro le dixese, que muerto era aquel, y que pastora aquella. Á lo qual

Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un Lugar que estaba en aquellas sierras, el qual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales habia vuelto á su Lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decían, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dixo Don Quixote. Mas Pedro no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: asimesmo adevinaba, quando habia de ser el año abundante ó estil. Estéril quereis decir, amigo, dixo Don Quixote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que decía, se hicieron su padre y sus amigos que le daban crédito muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba, diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo, en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada, el que viene será de guilla (1) de aceyte, los tres siguientes no

(1) Voz arabe, que significa propiamente *abundancia*

se cogerá gota. Esa ciencia se llama *As-trología*, dixo Don Quixote. No sé yo como se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando un día remaneció vestido de pastor con su ganado (1) (A) y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos, que como escolar traia, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábase-me de decir como Grisóstomo el difunto, fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Quando los del Lugar viéron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer

de frutos y verduras. Habla de ella con extension Covarrubias. (*Tesoro.*)

(1) La edición de Londres corrigio *con su cayado*, y con razon, segun parece, por ser el cayado mas propio del traje de pastor que el ganado.

aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedó el mozo señor desoluto: y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender, que el haberse mudado de traje, no habia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados empos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes, de la qual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quien es esta rapaza, quizá y aun sin quizá no habréis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna. Decid Sarra, replicó Don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro: y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en

un año. Perdonad amigo, dixo Don Quixote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra, os lo dixé; pero vos respondistes muy bien, porque vive mas sarra que Sarra: y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el qual se llamaba Guillermo, y al qual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada muger que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo con aquella cara, que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dexando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tío suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro Lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba, que le habia de pasar

pasar la de la hija: y así fué, que quando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba, que no bendecia á Dios, que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tío se la diese por muger. Mas él, que á las derechas es buen christiano, aunque quisiera casarla luego, así como la via ^(B) de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangería, que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fe que se dixo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen Sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos Lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura: y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasidamente bueno el clérigo, que obliga á sus feligreses á que digan bien dél,

especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dixo Don Quixote, y proseguí adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás sabréis, que aunque el tío proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casase, y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa, sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas, dexaba el tío de importunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, quando no me cato, que remanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tío ni todos los del pueblo que se lo aconsejaban, dió en irse al campo con las demás zagalas del Lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella

salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir, quantos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el trage de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los quales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del qual decian, que la dexaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta, y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; ántes es tanta y tal la vigilancia, con que mira por su honra, que de quantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su desseo. Que puesto que no huye, ni se esquivo de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia, porque

su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan, á servirla y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben que decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviédeses, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy léjos de aquí un sitio, donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mesmo árbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Qual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos embevecido y transportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana: y qual hay que sin dar vado ni tregua á sus

suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso, que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de una hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender, que tambien lo es la que nuestro zagal dixo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dexeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse media legua. En cuidado me lo tengo, dixo Don Quixote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. Ó! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dixese. Y por ahora bien será que

os vais á dormir debaxo de techado, por-
que el sereno os podria dañar la herida,
puesto que es tal la medicina que se os ha
puesto, que no hay que temer de contra-
rio (c) accidente. Sancho Panza que ya
daba al diablo el tanto hablar del cabrero,
solicitó por su parte, que su amo se entrase
á dormir en la choza de Pedro. Hizolo así,
y todo lo mas de la noche se le pasó en
memorias de su señora Dulcinea, á imita-
cion de los amantes de Marcela. Sancho
Panza se acomodó entre Rocinante y su
jumento, y durmió, no como enamorado
desfavorecido, sino como hombre molido
á coces.

CAPÍTULO XIII.

*Donde se da fin al cuento de la pas-
torá Marcela con otros sucesos.*

MAs apénas comenzó á descubrirse el
día por los balcones del oriente, quando
los cinco de los seis cabreros se levantá-
ron, y fuéron á despertar á Don Quixote,

y á decille, si estaba todavía con propósi-
to de ir á ver el famoso entierro de Gri-
sóstomo, y que ellos le harian compañía.
Don Quixote, que otra cosa no deseaba,
se levantó, y mandó á Sancho, que ensi-
llase y enalbardase al momento, lo qual
él hizo con mucha diligencia, y con la
misma se pusieron luego todos en cami-
no. Y no hubieron andado un quarto de
legua, quando al cruzar de una senda,
viéron venir hácia ellos hasta seis pastores
vestidos con pellicos negros, y coronadas
las cabezas con guirnaldas de cipres y de
amarga adelfa. Traia cada uno un grueso
baston de acebo en la mano: venian con
ellos asimesmo dos gentileshombres de á
caballo, muy bien aderezados de cami-
no, con otros tres mozos de á pie que los
acompañaban. En llegándose á juntar, se
saludáron cortesmente, y preguntándose
los unos á los otros donde iban, supieron
que todos se encaminaban al lugar del en-
terro, y así comenzáron á caminar todos
juntos. Uno de los de á caballo, hablando
con su compañero le dixo: paréceme, se-
ñor Vivaldo, que habemos de dar por bien
empleada la tardanza que hiciéremos en
ver este famoso entierro, que no podrá